

ERIC WEIL

El papel de las universidades

Las observaciones que a continuación se presentan no pretenden ser exhaustivas. No hacen más que plantear algunos de los problemas más agudos de la educación superior: el de tratar de garantizar tanto un financiamiento adecuado como la libertad con respecto a las presiones políticas o de otro tipo, el de hacer que reine la calma y la disciplina en el campus, el de organizar o reorganizar las carreras y los programas de formación para profesores, el de establecer, para cada materia, una relación razonable entre los efectivos estudiantiles y las posibilidades de empleo. Y muchos otros problemas, igualmente graves y urgentes. Pero ese planteo es así no únicamente porque sea imposible tratar la totalidad de los aspectos de un enorme problema en un lapso tan breve; es, también y sobre todo, porque ciertas dimensiones de este problema parecen haber atraído mucho menos nuestra atención que las que acabamos de mencionar. Nos encontramos confrontados aquí a ciertos asuntos que, dada su propia naturaleza, no podrían ser objeto de ningún tipo de cuantificación ni de una programación estricta. Para llamar a las cosas por su nombre, aquí de lo que se trata en realidad es del sentido y de la dignidad de la existencia humana; y estos problemas nacieron de la revolución social y tecnológica que, por primera vez en la historia, permitió, en nuestra civilización occidental, liberar al ser humano de la presión de las necesidades de primer orden para situarlo no solamente en la posición, sino además ante la obligación de darle un contenido a su existencia. Sería muy probable que fuese ése el lugar en el que residen los problemas más fundamentales de la Universidad.

Los problemas del número

El diagnóstico común explica lo esencial del malestar universitario como resultado de la intromisión de la política en la vida académica. Hoy en día, este hecho es ampliamente reconocido. Por lo que respecta a la causa que lo provoca, si ésta no ha sido establecida aún con la misma claridad, esto puede hacerse, en todo caso, con bastante facilidad. La influencia que ejercen la política y los procedimientos mercantiles es el resultado natural del crecimiento del volumen de los efectivos universitarios y del fenómeno de "masificación" de la enseñanza. Los estudiantes, y por consiguiente los efectivos del profesorado, sobre todo los más jóvenes, se han vuelto tan numerosos que las relaciones ya no son, y ya no pueden ser, relaciones de tipo personal. Ya no es un interés en común por ciertos problemas científicos lo que reúne a estudiantes, investigadores jóvenes y profesores, sino una construcción por departamentos que obliga a maestros, asistentes y alumnos a cohabitar: estos pertenecen a una organi-

zación y de pronto, por lo mismo, ya no se encuentran en ninguna parte en la Universidad, en lo que toca a su personalidad y a su existencia personal. Los estudiantes adquieren una formación con el propósito de obtener un empleo, y los profesores, o bien están al acecho de un mejor empleo, o bien se aferran al que tienen, si es que no tienen la esperanza de encontrar uno mejor en otra parte. Comportamientos mercantiles y relaciones mercantiles son perfectamente normales en condiciones de tipo mercantil: así veremos formarse federaciones, mutuales y sindicatos; la competencia será inevitable; los precios y las primas serán los de cualquier mercado. No hay por qué sorprenderse de que aquellos que ven en las tácticas políticas el medio para consolidar su posición y para reforzar su influencia importen estos precios y primas hacia el interior del mundo universitario. La importancia del número excluye a cualquier otro tipo de sistema, salvo si estamos dispuestos a aceptar la instauración autoritaria del orden, de la paz, del silencio. La objetividad, la imparcialidad, el espíritu de investigación, el antidogmatismo, definitivamente han pasado de moda.

Este análisis es sin ninguna duda correcto. Pero ¿por qué hemos llegado hoy a alcanzar estas cifras tan elevadas? Todo el mundo conoce la respuesta, pero puede suceder que ésta se nos olvide cuando abordamos el tema de la Universidad. Y es que la tecnología de nuestra sociedad industrial exige que haya individuos altamente calificados para los empleos que ella propone: técnicos, innovadores, administradores, organizadores, profesores, analistas, traductores, lexicógrafos (no es cierto que haya menos aplicaciones y menos empleos de tipo técnico en el campo de las humanidades que en el de las ciencias sociales y naturales), etc. La calificación necesaria no puede adquirirse únicamente gracias al simple aprendizaje ni como aprendiz de taller; lo que se conoce hoy como el *know-how* no podría convenirles más que a aquellos que fueron preparados de antemano para sacar provecho de su experiencia profesional gracias a una rigurosa formación teórica. Esta es la razón por la cual los estudiantes son hoy tan numerosos y son llamados a serlo aún más en un futuro previsible.

Es también esto lo que explica por qué los jóvenes que se inscriben en los establecimientos de enseñanza superior —no todos lo hacen solamente con el objeto de adquirir una formación de técnico— no son verdaderos miembros de la Universidad: están incorporados a su Departamento, a su escuela profesional, a su laboratorio, y esto sólo por un tiempo. No van a la Universidad para encontrar en ella cierto estilo de vida, cierta ética, o algo que podríamos designar con el término de *educación*, en contraste con el de *instrucción*. Y no es que sean inmorales, ni amorales, ni desprovistos de estilo; pero consideran que esas cosas no tienen nada que ver con la

Universidad: se trata de la vida real, la vida externa al mundo de la Universidad, y en la cual encuentran sus valores fundamentales, sobre todo en la vida política de los partidos y de las asociaciones.

Es claro que, para decir las cosas crudamente, estos jóvenes no hacen que una Universidad que es, o que cree ser, un centro de vida moral e intelectual corra riesgo alguno: esto no los concierne a ellos de ninguna manera. Los únicos problemas que ellos implican tienen que ver con la organización financiera y administrativa, la que debe encontrar y asignar los fondos necesarios, reclutar al personal, construir edificios. Y estos problemas, aun si son muy complejos, pueden ser resueltos, si no en cada caso, sí, en principio, gracias a una buena planificación, a un buen financiamiento y a una buena organización —factores todos ellos que son, hay que reconocerlo, bastante raros. Los verdaderos causantes de los disturbios no se encuentran entre estos estudiantes que pueden rebelarse cuando tienen la impresión de que no se está respondiendo a sus necesidades de formación y que, en estas condiciones, se convierten en presas fáciles de las ideologías y de los movimientos políticos o cuasi-políticos; sus revueltas se apagan en cuanto se accede a complacer sus legítimas demandas que tienen que ver con su futuro profesional. Los estudiantes seguirán siendo numerosos y sería mejor que lo aceptáramos. Esto crea un problema, pero este problema no conduce a un desorden permanente; no constituye una amenaza para la vida espiritual en el seno de la Universidad. Significa —y aquí, de nuevo, debemos abandonar nuestra lucha contra lo inevitable— que la formación técnica ha cumplido ya la mayoría de edad y que está adquiriendo ya su independencia de la Universidad, considerada como el lugar de la investigación y del pensamiento creativo. Claro está que lo que habrá que enseñar en las escuelas profesionales deberá extraer su fuente de las nuevas verdades y de los hechos nuevos; pero, en sí, las escuelas no están hechas para el cuestionamiento y el descubrimiento (actividades que, dicho sea de paso, se sitúan cada vez más en el exterior del conjunto de escuelas al que llamamos Universidad).

La cuestión del bien y del mal y la tarea de la Universidad

Sin embargo, en cuanto a volver a poner en duda la investigación, la búsqueda de la verdad, o de una verdad que esté mejor fundada, “la política” es destructiva, simple y sencillamente porque en lo político la verdad no es central. El problema se vuelve fundamental desde el momento en el que el asunto tratado no está relacionado directamente con la producción, como en el caso de la investigación pura o en el de las humanidades. Si se nos permite utilizar una distinción que ya fue usada en este texto, el problema existe en el terreno de la *educación* más no en el de la *instrucción*.

Consideremos ahora el proceso a través del cual el individuo natural, es decir, el que es furibundamente egocéntrico, ve cómo le inculcan los modales que son el prólogo indispensable de una vida social normal: esta educación primera es obra de la propia sociedad, y los recursos pedagógicos de la sociedad son omnipresentes con el objeto de presionar al recalcitrante y de recompensar al dócil. El sistema funciona bastante bien, siempre y cuando no sean planteados asuntos esenciales: de manera fundamental, esta sociedad se encuentra y quiere verse en constante progreso o, seamos más circunspectos, en una constante evolución. Así ha sido desde que, hace algunos siglos, el hombre empezó a considerarse amo y poseedor de la naturaleza, aquel ser que tiene el dere-

cho, si no el deber, de utilizar absolutamente todo para su provecho personal. A él le tocaba determinar la naturaleza que debía tener ese provecho. La humanidad o, para ser más precisos, una parte de ella, se sintió libre para actuar a su antojo con respecto a la naturaleza, con respecto a otras partes de la humanidad e incluso consigo misma, al organizar su lucha contra la naturaleza, su coexistencia con las otras civilizaciones y su división interna del trabajo. Pero el hombre debía darse cuenta pronto de que, por eso mismo, se había vuelto responsable: nada ni nadie podía ya ser culpado por lo que él había hecho en el caso de que las cosas salieran mal, de que hubiera intentado lograr lo imposible, de que se hubiera metido en un callejón sin salida o de que no hubiera podido determinar lo que realmente quería. El hombre se



había comido el fruto del conocimiento, o ¿no será, más bien, que el fruto que se comió le pertenecía solamente a uno de esos árboles del conocimiento, pero no a aquel que debía proporcionarle el conocimiento del bien y del mal?

Lo que inquieta a todos aquellos que, sea cual sea su edad, sienten que no todo es perfecto en este bajo mundo, es precisamente esta cuestión del bien y del mal. Aparece en todos los terrenos, en todos los niveles, y nada se le escapa. Incluso la ciencia pura y desinteresada se ve obligada con frecuencia a presentar sus credenciales, no tanto como ciencia sino como actividad humana, ya sea que resulte buena o mala para la humanidad, ya sea que favorezca u obstaculice la realización de una mayor cantidad de bien, de una mayor moralidad. Esta cuestión del bien y del mal se plantea desde el momento en que aparece una insatisfacción ante la situación contemporánea y sus condiciones, sean estas históricas, sociales o económicas. No interviene en tanto los ciudadanos normales y civilizados se dedican a ocupaciones que son conformes a la norma, y en tanto no ocurra ninguna catástrofe. Es planteada por individuos que no pueden considerar las catástrofes que acaban de ocurrir en términos de ganancia y pérdida, y que temen ver que, de nuevo, la humanidad se descarríe o se extravíe. Surge en aquellos que han descubierto lo frágil que es la normalidad.

La dificultad de esta cuestión no es el resultado de una pe-

nuria de respuestas; por el contrario, la salvación se presenta en cada crucero de ideas, los profetas —como los espíritus malignos de antaño— son legión, y cada quien está convencido de que todo estaría a pedir de boca si solamente su prójimo aceptara dejarse convencer, o si hubiera alguna manera de reducirlo al silencio (de manera definitiva incluso, si fuera necesario). Un comportamiento común se vuelve entonces sospechoso y detestable ya que contribuye a perpetuar las actividades y los ideales que hoy son declarados tiránicos, y la violencia ya no es únicamente justificable: se convierte en el único medio legítimo de resolver el problema moral. De ahí se deriva naturalmente el que la sociedad reafirme sus exigencias de una forma que no deje lugar a dudas, y opte, en caso necesario, por la represión política y por una definición absolutamente formal de la norma de la existencia ideal que conviene no ya ser discutida, sino adoptada y seguida ciegamente. Es bien sabido, desde tiempos muy lejanos, que la licencia engendra la tiranía, simple y sencillamente porque la vida en sociedad debe seguir y porque ésta presenta mejores resultados o, en todo caso, resultados menos malos bajo un régimen tiránico que bajo la anarquía.

En el terreno de las ciencias, la tiranía, sea ésta de naturaleza profética o sociopolítica, ha demostrado ser menos peligrosa en tanto la competencia entre las naciones por ganar la supremacía militar y técnica obliga a sacrificar la verdad metafísica por la eficacia. Los anti-Galileo, los Lyssenko, y los enemigos de la física ondulatoria idealístico-capitalista tardan en ceder, exactamente como les sucediera a quienes despreciaban a la física pura, desinteresada y, por consiguiente, forzosamente desprovista de interés y que es buena solamente para las “cabezas de chorlito”. Pero lejos de constituir un consuelo, esto es justamente lo que más provoca la indignación de aquellos que se interrogan sobre lo bien fundado de una ciencia que se pone al servicio de la violencia, sirve para preparar guerras y aumenta la eficacia de la opresión.

Seguimos estando entonces confrontados al problema del bien y del mal, al igual que tantos grandes sabios quienes, no sin correr a veces grandes riesgos, adoptan graves decisiones personales por razones que no tienen nada de científica, pero que únicamente traducen la intensidad de la incertidumbre y de la angustia que sienten ante el significado humano de la ciencia. ¿Qué pasaría si la ciencia estuviese, por sí sola, libre de riesgos, pero si nada nos protegiese de los resultados a los cuales ésta podría llegar si no obedeciese más que a su propia lógica intrínseca? No queda otra: es necesario atacar directamente el problema al que todo nos conduce.

Puede parecer que estas consideraciones son extrañas a nuestro tema. En realidad, circunscriben la tarea de la Universidad y conducen a definir lo que ella es o lo que debería esforzarse por llegar a ser si quiere ser algo más que un órgano administrativo. Porque la Universidad sigue siendo el único lugar en el que los valores pueden constituir el objeto de una discusión, en el que las finalidades de la educación pueden ser colocadas en el centro mismo de la reflexión, incluso de una reflexión apasionada (porque nada importa si la pasión no se contagia). Pero esta reflexión o, si es que este término parece pecar de una abstracción filosófica demasiado grande, esta discusión y este diálogo se desarrolla entre individuos que necesariamente están, de entrada, en desacuerdo (¿cuál sería, si no, el objeto de una discusión?), pero cuya meta es llegar a un resultado común para así lograr que la violencia sea superflua y, por lo tanto, inadmisibles. Más concretamente, estos individuos desean suprimir la violencia

producida por las divergencias que emanan de convicciones ciegas, exentas de un examen cualquiera y nunca discutidas, creyéndose cada una incontestable por permanecer ajena a toda forma distinta de pensar, de sentir y de existir (esa violencia, puntualicemos, que es la de la política supuestamente pragmática, en realidad dogmática, y que destruye la libertad de pensamiento y de diálogo, y, por lo mismo, la esencia de la Universidad).

El lugar y el papel de las humanidades

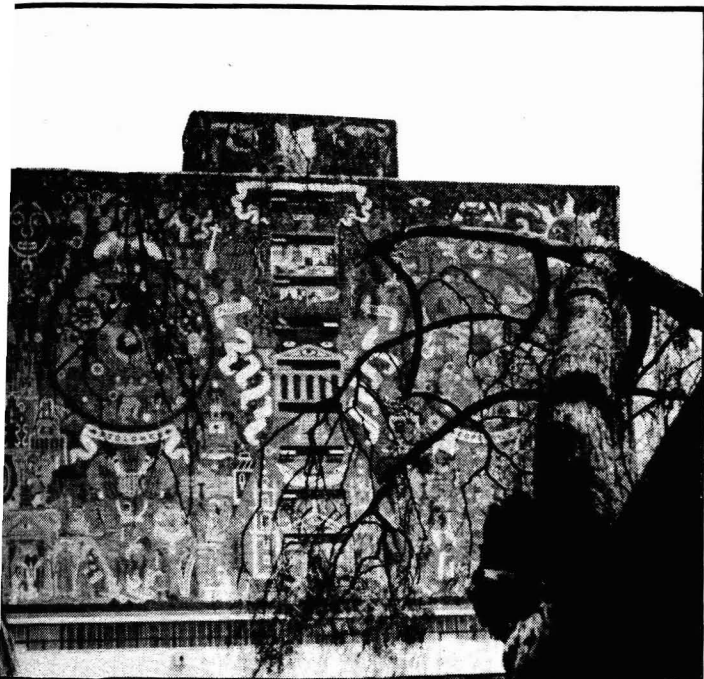
Es así como las humanidades se convierten en el corazón, en la mismísima esencia de la Universidad, y todo lo demás no tiene legitimidad más que a través de ellas, porque sólo ahí pueden la significación y el valor de las acciones humanas constituir el objeto de una discusión y de un intento de definición. El estado de ánimo del sabio, su objetividad, su desinterés, son admirables: y estos son absolutamente necesarios si lo que queremos es acceder hasta los hechos mismos, pero “admiración” y “deseo”, términos que tuvimos que usar, apelan a ciertos valores con los cuales concordamos porque ya hemos hecho nuestra elección, *esta* elección y no otra (que no habría sido ni más ni menos “científica”). Nuestro valor fundamental, nuestro *valor-axioma*, está constituido por el valor de la ciencia y de la objetividad (o, para retomar una fórmula tradicional, el valor de la universalidad y de la necesidad lógica).

Pero ningún sistema tiene el nivel que se requiere para probar la validez de sus propios axiomas, ya que cada prueba que ofrece se deriva de esos mismos axiomas. La verdadera tarea de la Universidad se vuelve entonces la de comprender lo que implica nuestra elección y cuáles son sus exigencias. Este ha sido el objeto de la filosofía y de la historia —la historia en tanto análisis de lo que somos y en tanto análisis del cómo y el por qué nos convertimos en lo que somos, y la filosofía en tanto esfuerzo ininterrumpido por conocernos a nosotros mismos, por llegar a definir lo que en realidad creemos ser y lo que deseamos ser. Es ahí donde el axioma no es el objeto de la investigación, sino que se convierte en el sujeto de la decisión y de la reflexión. Ahí donde la teología fue destronada, y ahí donde nunca ejerció ningún dominio, historia y filosofía fueron las únicas que se interrogaron —y que estaban en posibilidades de hacerlo para saber si era bueno para el ser humano buscar el dominio de la naturaleza material, correr tras la riqueza, crear la ciencia, el arte o lo que sea que hayamos intentado o podamos aún intentar crear. Así, sólo las humanidades son capaces de formular estas preguntas, aunque haya tantos profetas que sólo conocen las respuestas sin ni siquiera saber cuáles son las preguntas a las que ellos mismos están respondiendo y eso en el caso de que realmente estén respondiendo a ciertas preguntas y no se estén conformando, una vez que se han instalado en el poder, con suprimir pura y simplemente la tradición y el derecho de plantear preguntas.

La única posible confirmación estadística, la única posible demostración científica de esto, no es otra que la inquietud real y profunda que, traducida a graves aunque breves desórdenes, encuentra su origen precisamente aquí: la raíz no aflora a la superficie. Pero es sin duda característico que los dirigentes de la revuelta y los instigadores de violencias hayan elegido con regularidad el adoptar como consignas ciertas afirmaciones de carácter puramente moral. Hayan sido sinceros o no (y no nos atreveríamos a dudar, sin razones precisas, de esta sinceridad), sigue siendo cierto que si

encontraron adeptos a su causa fue solamente porque a los ojos de las "masas estudiantiles" y para una porción considerable de los cuerpos del profesorado, esas consignas parecían convincentes.

Es muy probable que el error original fuese nuestro. Nosotros —por lo menos la mayoría de nosotros— practicábamos las virtudes, pero nunca las pusimos en discusión; dimos por hecho tanto la objetividad científica como la decencia del diálogo, sin nunca dedicarles ni la más mínima reflexión; finalmente, nunca buscamos definir ni los principios fundamentales ni los axiomas de base. Este sentimiento de seguridad fue conveniente en un mundo que era considerado estable, y contaba, muy confiado, con el progreso dentro de la estabilidad. Pero ese mundo fue sacudido —violencia y opre-



sión se volvieron nuevamente realidades del presente que les imponen frecuentemente a los que desean pelear contra ellas el empleo de las mismas armas. La realidad social y política se ha vuelto ya dudosa, y la conciencia tranquila del ser humano en su torre de marfil empieza a parecerse a una impostura. Hoy es necesario justificar las ideas de paz, de moralidad, de objetividad que conservamos con respecto a nuestro mundo actual. Hemos confiado demasiado en nuestros buenos modales. Desde luego que nunca carecimos totalmente de un espíritu desinteresado, ni siquiera del espíritu de sacrificio, y desde luego también que la actitud del sabio fue y sigue siendo un ideal vívido y vivo para muchos de nosotros. Pero lo que desea la juventud, sin estar quizás en posibilidades de definir y de formular su deseo, es precisamente comprender por qué importa respetar las reglas —o, en general, algunas reglas. Nosotros, con demasiada frecuencia, hemos enseñado la historia como si los sucesos del pasado no tuviesen ninguna influencia sobre el presente, ni el presente sobre nuestra comprensión del pasado. Hemos presentado a la filosofía como si se tratase de la gramática de una lengua muerta y atiborramos a las cabezas jóvenes con las más grandes obras de la poesía, como si éstas fuesen las piedras que nos sirven para catalogar las vetas. Los jóvenes a los que este régimen no les gustó y que quisieron saber para qué servía todo esto, qué tenía que ver todo esto con ellos —y con

nosotros a la vez que con ellos— no eran necesariamente los que menos prometían o los menos interesantes de su generación. Así, un cierto número de corolarios se deriva de estas consideraciones.

La Universidad y las escuelas profesionales

El primero tiene que ver con el inquietante asunto del número. En el nivel más alto (o en el más profundo), el de la esencia misma de la Universidad humanista, docencia e investigación están indisolublemente ligadas, ya que el método conjuga una docencia impartida por intermedio de discusiones y una investigación emprendida de manera conjunta por adultos que poseen más experiencia y por investigadores más jóvenes (sin duda más apasionados, más audaces, pero también menos informados o menos críticos), reunidos en pequeños grupos para así esforzarse por ampliar sus áreas de visión y por profundizar en su conocimiento del pasado al examinar el presente, y en su conocimiento del presente al ligarlo al pasado que lo engendró tal cual es. No podríamos, en este nivel, encontrarnos confrontados con un problema de número más que si se tratara de encontrar (y de formar) participantes calificados para esta investigación sin fin y para esta permanente discusión. Pero hay muy pocos individuos a tal grado sedientos de hallar este conocimiento y este saber "inútiles" que permitan que estos últimos dominen toda su existencia intelectual y moral y les definan su modo de vida. Habría que advertirles, desde que dan sus primeros pasos en este tipo de carrera, que las recompensas materiales que pueden esperar obtener de esta actividad siguen siendo relativamente mediocres, y que ni siquiera existen siempre y en todas partes. Podemos, sin embargo, suponer que aceptarán correr este riesgo. Por otro lado, todo cuanto necesitan para realizar convenientemente un trabajo como éste (libros, asistencia material, espacio, etc), comparado con las exigencias de la enseñanza científica y técnica, no tiene por qué asustar a las autoridades financieras.

No se trata de decir que las escuelas profesionales deberían no tener ningún tipo de contacto con la viva tradición de las humanidades. Pero lo que primero importa es repetir que la mayoría de nuestros alumnos se dirige hacia la enseñanza superior porque desea recibir una formación. Y están sin duda alguna en todo su derecho. Por consiguiente, sería sano dejar de querer transmitir "valores culturales" usando métodos que los vuelven inanimados e insípidos— si no es que amargos: estos valores no podrían estar vivos y ser inapreciables más que para aquellos que desean obtenerlos, pero no para aquellos a los que se obliga a tragárselos. La escuela profesional es el lugar que le conviene de manera natural a la enorme mayoría de nuestra clientela, y la escuela técnica superior, la Universidad técnica, retomando la expresión alemana, debería constituir la piedra angular de la enseñanza superior masificada. La propia Universidad, como el lugar de la investigación humanística y de la discusión entre seres humanos y para seres humanos, podría verse decorosamente representada por un pequeño número de instituciones a las que uno accedería partiendo de las universidades técnicas (y de la vida social "ordinaria"). A partir del momento en el que esto está bien entendido, ya no es necesario buscar el definir la función de las humanidades en las escuelas técnicas (e incluso en los liceos*) ya que ésta se pre-

* Nota del traductor: escuelas de enseñanza primaria, secundaria y preparatoria.

senta por sí sola. La verdadera oportunidad para las humanidades y para la humanización es la de ofrecerle a cada quien lo que en sí es significativo, y de ofrecérselo a todos los niveles —de ofrecerlo y no de imponerlo, de ofrecerlo sin prometer las tradicionales recompensas, menciones, diplomas, equivalencias, etc. La experiencia ha mostrado que la joven generación es menos calculadora de lo que piensa la que la precede, y que los jóvenes se agrupan bajo el báculo de profesores de quienes esperan adquirir aquello que creen necesitar más allá de una simple calificación profesional. Si la universidad humanista cumple con su tarea, habrá formado hombres y mujeres aptos para ayudar a estas nuevas generaciones (y que podrán encontrar en esta tarea una existencia cargada de sentido). Si uno u otro de sus auditores descubre que se siente realmente atraído por este campo en particular, entonces hay que dejarlo que se lance a realizar estudios humanísticos; pero el simple contacto con estos valores, por más “no-profesional” que pueda ser, puede ayudar y ayudará a mucha más gente a mirar la existencia con ojos nuevos (más aún, y sencillamente, a mirar la existencia). La historia, la poesía, la filosofía, el arte, todo lo que pertenece al mundo de las humanidades nos aporta satisfacciones que la carrera del especialista, por otra parte, no nos promete, pero esto únicamente si no se trata de una “enseñanza obligatoria” sino de una “materia optativa”.

La oferta debería ser hecha por los mejores especialistas humanistas de cada área, es decir, por individuos cuyo horizonte es lo más amplio posible pero que al mismo tiempo dominan suficientemente su materia como para poder presentar un análisis general que no se limite a una simple sucesión de generalidades. Pueden dirigirse sin ningún problema a un público muy amplio, ya que su objetivo no es el de brindar la enseñanza o el de formar especialistas —nuevamente, aquí el problema no se plantea en términos de número, sino en términos de calidad. No es en lo mínimo evidente que las conferencias de este tipo deban obligatoriamente proceder a discusiones colectivas; en el nivel que nos interesa, los peligros de una “politización” bien podrían rebasar a las ventajas previstas, particularmente en el terreno de la filosofía, de la ciencia política, de la historia contemporánea o de otras materias de este tipo. Sin duda sería preferible mostrar simplemente que ningún dogma es único, que ninguna convicción puede estar exenta de un análisis crítico, que cualquier elección de un valor implica que hay que pagar un precio si uno se esfuerza por realizarla.

La discusión sigue siendo, sin embargo, el único método que permite descubrir verdades y hechos nuevos, así como nuevas relaciones entre los hechos, entre los hechos y los valores, y entre los valores mismos. Pero ésta sería la tarea y el método de la Universidad humanística propiamente dicha. Los más jóvenes de sus miembros deberían haber aprendido lo que representa la investigación científica, lo que significa la objetividad, qué tipo de responsabilidad se les exige a los que tienen por trabajo mantener con vida al pensamiento, al análisis y a la comprensión. Tendrían que ser egresados de las escuelas técnicas superiores o de las carreras profesionales; sería muy oportuno animarlos a que regresaran de vez en cuando a estas escuelas, a estas carreras para que, a través de una circulación permanente, se les impida a las Universidades que se vuelvan coto exclusivo de los especialistas, y a los profesores de humanidades de las escuelas técnicas que se vuelvan unos vulgarizadores sin contacto alguno con la discusión viva.

La discusión acerca de la felicidad

De manera muy general —y éste será nuestro segundo corolario—, la discusión en el seno de la Universidad —entre los jóvenes, entre los menos jóvenes y entre estos dos grupos— no debería cesar nunca. Esta discusión debería buscar el análisis de los principios, esforzarse por descubrir qué implicaciones tendría cada una de nuestras opciones y cuál sería el precio moral que habría de pagar a cambio de la realización de tal o cual deseo, o de tal o cual ideal. Debería tender a mostrar qué parte de nuestros principios podemos preservar si queremos reducir el precio que tenemos que pagar y no estamos dispuestos a morir en la defensa de los valores que habíamos creído considerar como valores absolutos; debería revelarnos cuáles de esos axiomas han perdido para nosotros todo sentido, ya que de hecho nos negamos a asumir, tanto sus consecuencias como lo que se vuelve inadmisiblemente desde el momento en el que hemos decidido serles fieles a nuestras principales opciones.

Esta discusión implicaría también que cada suceso, cada hecho, cada obra de arte y cada idea del pasado fuesen considerados como si ocuparan un lugar que les es propio, y como si actuaran como elementos vitales y vivos de esta discusión a la que, para resumir, definiríamos como la continuación de la vida de la civilización que hemos heredado. No sabríamos cómo demostrar que es indispensable optar por esta civilización y hacer cuanto sea necesario para mantenerla con vida, pero lo que podemos y deberíamos mostrar es lo que rechazarla significaría en realidad, aún para nuestras normas de comodidad material, producto de nuestra ciencia “desinteresada” y de nuestros valores no-materialistas. Por consiguiente, podemos y deberíamos definir qué es lo que aceptamos implícitamente cuando decimos preservar estos valores, aun cuando no lo hiciésemos más que para conservar esas normas materiales.

Pero, en la medida en que, como decía Aristóteles, la moral no podría constituir un objeto de estudio para la juventud —en edad o en espíritu—, esto nos conduce a un último corolario que sigue siendo, sin duda, el más sorprendente. La Universidad en su conjunto no debería conformarse con tener interés principalmente en los muy jóvenes, aun si también debe seguir siendo el lugar en el que las jóvenes generaciones ven cómo se les prodiga instrucción y educación. Debería ser sobre todo un lugar destinado a los adultos, y no para dedicarse a aquello que, bajo el vocablo de “formación de adultos”, no es otra cosa que una instrucción continua, sino para lo que resulta importante para los individuos quienes, viviendo una vida normal y trabajando normalmente, se ven confrontados a cierto número de problemas morales, aquellos problemas supuestamente existentes que empiezan a ser importantes desde el momento en el que las necesidades materiales han sido satisfechas y en que la saciedad de las cosas supuestamente buenas de la vida crea una existencia hueca. Es ahí donde se vuelven algo más que simplemente deseables ciertas cosas que tienen un valor propio, y a las que no se acoge debido a la presión externa y para fines prácticos, sino como exigiéndose y permitiéndose realizar esfuerzos libremente elegidos y satisfactorios en sí mismos.

La discusión se centra entonces alrededor de aquel muy antiguo problema, tan rechazado hoy en día, que no es otro que el de la felicidad del hombre o, en otros términos, alrededor de la relación entre el fin y los medios (el fin siendo necesariamente aquello que se busca como lo intrínsecamente deseable). El hecho de que esta discusión esté destinada a alargarse indefinidamente no significa que participar en ella

debería ser obligatorio, así como no lo es el que los ciudadanos honestos presenten día con día la prueba de que el robo no es una forma decente de ganarse la vida. No tiene nada de despreciable una existencia dedicada a aquellas actividades que la sociedad necesita y a las que estimula para asegurar su propia supervivencia; muy por el contrario, tanto la existencia de escuelas profesionales como la formación permanente que ellas imparten son una necesidad material. El problema reside simplemente en que el valor de este tipo de existencia está siendo, hoy en día, cada vez más cuestionado.

La función (ideal) de la Universidad es entonces doble. Aquellos que buscan espontáneamente algo que sea significativo en sí mismo, les ofrece que participen en la investigación, en la reflexión, en el análisis histórico y filosófico —ya

ninguna experiencia en la vida, que existen problemas que realmente son significativos —por ejemplo el problema del sentido de la existencia— y que podemos afrontarlos; que puede existir algo más que la desesperación, lo arbitrario, la violencia, algo que no es ni opio ni ilusión.

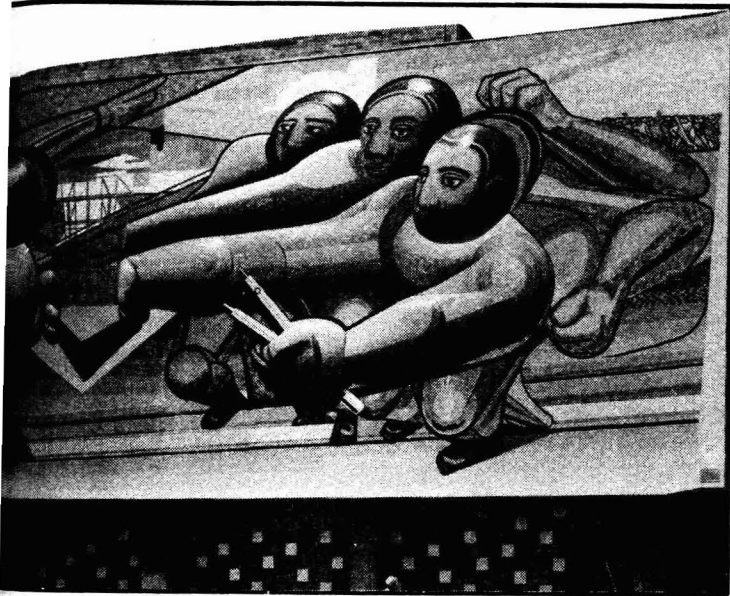
La Universidad y la sociedad

De la misma forma en que la Universidad podría y debería ser el lugar de un análisis histórico y filosófico de nuestra situación, y de no sólo su propia y peligrosa coyuntura sino también de la de toda nuestra civilización, podría y debería ser también el lugar de encuentro entre el conocimiento y la vida, donde el saber sería un saber destinado a Seres vivos y donde la existencia, en contacto con los grandes hombres y con las grandes corrientes de pensamiento, descubriría sus propias potencialidades humanizadoras.

Esto claro está, no es más que un sueño. Pero todo lo que es importante empezó como un sueño y, por lo que a éste toca, parece ser compartido por muchos de nuestros contemporáneos. Por otro lado está la cuestión moral que, aunque muchos parezcan temerle, es un tema absolutamente actual. Pugwash, el Club de Roma y muchas otras organizaciones *ad hoc* encuentran tanto el dinero como un auditorio para llevar a cabo discusiones que, como tema, únicamente manejan este problema. Ellas han reunido a eminentes personalidades de todas las vocaciones y, entre ellas, a una elevada proporción de profesores universitarios. Pero, no habiendo logrado encontrar su lugar en el seno de las universidades, no pueden ni dedicarse a un trabajo continuo, organizado y coordinado ni —lo cual es sin duda más grave— atraer, interesar y formar a un número de espíritus jóvenes. Por otro lado, existe en el seno de nuestra sociedad un interés por todo lo que no es “productivo”: después de todo, una sociedad que logra encontrar los recursos financieros y suscitar el entusiasmo por la arqueología, la astrofísica, la paleontología o las especulaciones cosmogónicas de las artes de todo tipo, cosas todas ellas tan “inútiles”, no es quizás tan materialista como parece serlo para el observador superficial, y sobre todo —y esto es mucho más importante y mucho más peligroso— como ella misma cree serlo.

De sus recíprocos contactos, tanto la Universidad como la sociedad sacarían por lo menos el mismo provecho: un político o un jurista o, mejor aún, un jurista culto metido en la política, sabrá menos latín que un profesor de letras clásicas, pero es probable que conozca mejor a Cicerón que todo un equipo de especialistas. Confrontados con las jóvenes generaciones, los adultos, fuesen o no profesores, se acordarían de que los problemas ya olvidados de su juventud siguen siendo de actualidad, y los jóvenes tal vez se darían cuenta de que, finalmente, la existencia puede ser vista como un proceso de maduración y no necesariamente como un proceso degradante. La sociedad podría, dentro de la Universidad y por medio de ella, descubrir su propia naturaleza, sus deseos, sus miedos y sus esperanzas escondidas, y curarse de sus males al curar a la Universidad de los suyos, de igual manera que la Universidad, al tratar a fondo sus verdaderos problemas, podría ayudar a resolver los de nuestra sociedad.

Indudablemente que todo esto parece ser un poco paradójico y pretencioso. Pero es en el lugar mismo en el que nuestra salud moral e intelectual está siendo cuestionada donde debe hacerse la reconstrucción, partiendo de la cima y no de la base, partiendo del pensamiento y del lugar en que el pensamiento tiene, o debiera tener, su casa, partiendo de una Universidad renovada.



que la historia y la filosofía son vistas como el centro vital de lo que llamamos ciencias filosóficas e históricas, desde la numismática hasta la legislación criminal, desde la psicología animal hasta la lingüística. Pero como toda forma concreta de la actividad que tiene un sentido, aunque no sea productiva, se expone a ser criticada por aquellos que consideran que sus puntos de vista son evidentemente ciertos, porque ni desean ni son capaces de definir sus valores fundamentales, nuestra época necesita —y lo resiente de una manera muy confusa— una justificación de estos valores que, para las tendencias y de acuerdo con los clisés actuales, no tienen ningún sentido porque son deseables *en sí mismos* y no como medio para que se realice *otra cosa*.

La historia de nuestra civilización ha visto siempre cómo se producen este tipo de justificaciones y, muchas veces, éstas resultan ser de lo más convincentes. Desgraciadamente no convencerán más que a los que buscan este tipo de demostraciones, aquellos que ya han optado, por lo tanto, por la razón y el diálogo y contra la violencia. Se trata de demostraciones correctas, lógicas, irrefutables —y sin embargo son letra muerta para las jóvenes generaciones a quienes obligamos (o a quienes ya ni siquiera obligamos) a aprendérselas de memoria. Sin embargo, también pueden tener un significado muy vivo para quienes fueron llevados a descubrir los problemas que estas pruebas responden, debido a que tienen que convivir con ellas. Al tomar estas reflexiones en serio, aquellos que ya viven una vida de adultos podrían simplemente enseñarles a los más jóvenes y a los que aún no tienen